

LA CRISIS ECONOMICA INTERNACIONAL

Es erróneo pensar que la salida de la crisis esté próxima y pueda alcanzarse de forma aislada. En estos términos el profesor **E. García Viñuela** plantea los esfuerzos de los países de la O. C. D. E. por hallar una estrategia común a sus políticas económicas. Pero si los resultados han sido medianamente aceptables en cuanto a mantener la unidad del mercado mundial y evitar una lucha comercial parecida a la de los años treinta, las estrategias por alcanzar una reactivación general han fracasado.

El autor señala tres obstáculos a la salida de la crisis:

1.º demandas crecientes de bienestar social que implican una continua ampliación de los Gastos Públicos y la aparición de un déficit fiscal permanente financiado a través de la expansión monetaria; 2.º la resistencia de los trabajadores a reducir sus expectativas en la etapa de recesión, apoyada en el fortalecimiento de los sindicatos y 3.º la quiebra del orden monetario internacional nacido en Bretton Woods y la desaparición de toda traba institucional a la expansión monetaria. Para el autor las estrategias que se perfilan son: la monetaria, partidaria de una acción deflacionista basada en la reducción del Gasto Público y una rígida disciplina monetaria y, por otra parte, una política de corte keynesiano basada en un pacto social entre los distintos agentes económicos que permita una restrictiva política monetaria sin un endurecimiento de la lucha de clases y que evite un excesivo coste social.

LA NECESIDAD DE LA COOPERACION

LA cooperación económica entre los grandes países capitalistas constituye en la actualidad una exigencia derivada de los cambios operados en el funcionamiento

del mercado mundial durante las tres últimas décadas. Los cambios a los que me refiero son fundamentalmente dos. El primero está relacionado con la influencia creciente de los condicionamientos externos dentro de las economías nacionales. El aumento de los factores externos hace cada vez más necesaria la coordinación de las políti-

cas económicas nacionales con el fin de evitar los riesgos que supone que cada país actúe aisladamente sin tener en cuenta las repercusiones de las medidas que adopta sobre el resto del mundo. El segundo se debe a la modificación de las relaciones de poder dentro del mercado mundial. La aparición de Europa y Japón como nuevos poderes económicos a principios de la pasada década marcó el fin de la hegemonía absoluta de los EE. UU. de América sobre el mundo capitalista y acarrió la crisis de la organización monetaria internacional, vigente desde 1944. A continuación voy a pasar revista a cada uno de estos cambios.

El proceso de interdependencia

El crecimiento de la interdependencia durante el período de la posguerra aumentó sensiblemente el grado de apertura de las economías nacionales. Las causas de este proceso —que afectó a los países capitalistas desarrollados en mayor medida que al resto de las regiones— fueron múltiples (1).

En primer lugar, numerosos factores promovieron una *ampliación continua de los intercambios comerciales*. Entre ellos hay que destacar la elevación del nivel de renta, el acercamiento de los patrones nacionales de consumo, la reducción de los gastos de transporte y de los derechos arancelarios, el fuerte auge experimentado por áreas geográficas con escasez de recursos naturales (Europa y Japón) y los fenóme-

nos de integración regional que se desarrollaron en los años 60. Todos ellos contribuyeron a que el crecimiento del comercio estuviera tres puntos porcentuales (como promedio) por encima del crecimiento de la producción; dato que indica la amplitud que alcanzó la división internacional del trabajo en la posguerra. Este proceso no fue, sin embargo, general, sino que afectó sobre todo el aumento de la especialización intraindustrial entre los países desarrollados. Y se manifiesta en la creciente importancia que han adquirido los productos intermedios en los intercambios que estos países realizan entre sí, y en la proporción en la que los bienes intermedios importados entran a formar parte tanto en su producción para el mercado interior como en sus exportaciones (2).

En segundo lugar, la expansión de los mercados nacionales, las dificultades de penetración comercial que suponían las barreras arancelarias para algunos productos (o en algunos países), y la disponibilidad de tecnología por parte de un número reducido de grandes empresas, favorecieron un crecimiento sin precedentes de la inversión directa en el extranjero, que se concentró en su mayor parte en los países desarrollados y sólo en una medida reducida —que algunas estimaciones sitúan en torno al 25 % (3)— en el Tercer Mundo. La magnitud del flujo de la inversión extranjera explica la importancia que tienen actualmente las empresas multinacionales, que cuentan con una producción internacional aproximadamente igual al valor del comercio mundial y un ritmo de crecimiento que supera al de

éste y se sitúa alrededor del 10 % anual (4).

Por último, la convertibilidad de las principales monedas y la supresión de los controles de capital en los países desarrollados crearon, desde mediados de los años 60, una fuerte tendencia a la integración de los mercados monetarios nacionales de los grandes países capitalistas, fenómeno que habría que jugar posteriormente un papel decisivo en la descomposición del sistema internacional de pagos (5), llegando a desplazar (a través de la creación de los euromercados) a los Bancos Centrales y al Fondo Monetario como principales fuentes de creación de liquidez internacional (6).

Como resultado de todos estos factores, las conexiones económicas nacionales aumentaron sustancialmente. Y este aumento de la interdependencia comercial y financiero tiene importantes implicaciones para los países desarrollados.

Por una parte, reduce la autonomía de las autoridades nacionales en la fijación de los objetivos internos de política económica a través de tres posibles vías. Primero, aumentando la vulnerabilidad de las economías nacionales a los condicionamientos externos. Se considera que una economía es vulnerable, en sentido estricto, cuando los costes internos derivados de la modificación de los factores externos no pueden ser compensados por cambios en la política económica interior (7). Segundo, reduciendo la eficacia o el número de los instrumentos de política económica disponibles. En algunos casos, porque los instrumentos tradi-

cionales (por ejemplo, las variaciones en el tipo de interés) son claramente insuficientes (cuando no disfuncionales) para conseguir objetivos internos distintos de los del resto de los países, dada la movilidad que tienen en la actualidad los flujos internacionales de capital. En otros, porque los compromisos internacionales limitan la utilización de determinados instrumentos que pudieran tener efectos secundarios perjudiciales para otros países (por ejemplo, las distintas medidas comerciales y monetarias de exportar el desempleo interior). Tercero, afectando la velocidad del proceso de ajuste interno, al hacerlo depender de las políticas adoptadas por el resto de los países (que pueden acelerarlo o retardarlo).

Pero, por otra parte, la interdependencia aumenta también los costes de las políticas que no aceptan la reducción de la autonomía interior asociada a la importancia creciente de los condicionamientos exteriores. Porque agrava considerablemente los costes que, en las actuales condiciones de apertura exterior de las economías occidentales, tendrían las políticas proteccionistas tanto para el país que las adoptara como para el resto del mundo.

El crecimiento de las interconexiones comerciales y financieras plantea, por tanto, alternativas que oscilan entre la aceptación (y acentuación), por una parte, de la progresiva ampliación de las economías nacionales —que conduciría en el límite a la pérdida de la autonomía económica interior y a la determinación conjunta de las políticas económicas de los distintos países—, y el rechazo,

por la otra, de los costes internos derivados de la mayor vulnerabilidad a los factores externos —que en su versión extrema implicaría la ruptura del mercado mundial a través de la imposición de controles al movimiento internacional de mercancías y capitales.

Ante ambas opciones, la cooperación económica entre los grandes países constituye *la única vía en las condiciones actuales que permite mantener simultáneamente la unidad del mercado mundial y un grado de autonomía en la determinación de los objetivos internos de política suficientemente atractivo para evitar el peligro de las salidas nacionalistas.*

La cuestión del liderazgo

Desde la pasada década, el aumento de la interdependencia económica entre las economías occidentales, se ha correspondido con un cambio en las relaciones de poder entre los grandes países capitalistas. Este cambio ha originado, en los últimos años, una situación caracterizada por el mayor equilibrio de fuerzas entre EE. UU., Japón y la CEE, en la que ninguno de estos países tiene el suficiente poder para imponer a los demás sus criterios de comportamiento.

Las instituciones económicas de la posguerra se elaboraron bajo el postulado de la hegemonía indiscutible de EE. UU. sobre el resto de los países capitalistas. El predominio de la economía americana se apoyaba sobre una capacidad productiva sin parangón, que per-

mitía a EE. UU. asumir los costes de la reconstrucción europea y de la defensa militar del mundo occidental durante los años de la guerra fría. Como contrapartida de estos servicios, EE. UU. tuvo las manos libres para asegurar sus intereses económicos y militares en el mundo capitalista mediante el privilegio de emitir moneda internacional de reserva y de realizar una política exterior sin restricciones por parte de sus aliados.

Esta situación empezó a cambiar a lo largo de los años 60 debido a la acción simultánea de varios factores. En primer lugar, *una parte importante del excedente económico tuvo que ser canalizado hacia el mercado interior*, como consecuencia de la importante ampliación de los gastos públicos asociados a los programas gubernamentales de bienestar social y a los movimientos reivindicativos de las minorías marginadas dentro de la sociedad americana. En segundo lugar, *los costes de mantenimiento del imperio aumentaron considerablemente* por la generalización de los movimientos de liberalización nacional en el Tercer Mundo. Estas dos restricciones enfrentaron a EE. UU. a mediados de los años 60 con el dilema de tener que mantener al mismo tiempo un nivel alto de la demanda agregada, su activo intervencionismo exterior en el mundo y una balanza de pagos equilibrada, sin la posibilidad de modificar el tipo de cambio por los compromisos contraídos en Bretton-Woods (8). En el marco de este dilema, la elección de Johnson de intensificar la guerra de Vietnam, y la imposibilidad política de imponer sacrifi-

cios a la población americana para su financiación, debido a la impopularidad del conflicto, supusieron de hecho desplazar sobre los aliados tradicionales de EE. UU. una parte creciente de los costes de su política exterior, a través del fuerte aumento del déficit de la balanza de pagos americana desde 1966.

Pero la consolidación de Europa y Japón como nuevos poderes económicos limitaba drásticamente las posibilidades de éxito de esta operación. La renuncia a asumir los costes que imponía esta especie de Plan Marshall al revés, que derivaba del funcionamiento del principal mecanismo de creación de liquidez internacional, condujo a una repentina agudización de los conflictos entre Europa y EE. UU. Durante la segunda mitad de la década de los 60, las crisis del sistema monetario internacional empezaron a ser cada vez más graves y frecuentes, debido a la pérdida de confianza en la convertibilidad del dólar y en el funcionamiento estable del sistema, llevando finalmente a Nixon a violar unilateralmente los acuerdos constitutivos del Fondo Monetario Internacional en agosto de 1971. Con la renuncia formal de EE. UU. a asumir sus responsabilidades internacionales se precipitó el fin de lo que Maier ha denominado «el consenso sobre la hegemonía americana» (9).

Como resultado de esta evolución, EE. UU. ha perdido el papel central en la organización económica internacional que desempeñó desde el final de la segunda guerra mundial, a pesar de su todavía superioridad económica y militar sobre el

resto de los países capitalistas (40 % de la producción de la OCDE, 8 % del comercio mundial, la titularidad del 50 % de la inversión extranjera directa en el mundo, la principal moneda internacional de reserva y el mayor y más profundo mercado financiero). En otros términos, ha dejado de ser el *primus motor* del orden internacional para pasar a ser un *primus inter pares*, de acuerdo con la gráfica expresión de Cohen (10).

Desde la perspectiva del funcionamiento del mercado mundial, la pérdida de la hegemonía americana presenta peligros potenciales similares como mínimo a los que origina el crecimiento de la independencia. Porque, por una parte, la indefinición de las reglas de conducta internacional en algunos campos (el monetario, por ejemplo), y, por la otra, la falta de liderazgo efectivo, aumentan los riesgos de que las políticas económicas de los distintos países respondan casi exclusivamente a objetivos y presiones internas que pueden ser contradictorias entre sí, aumentando los conflictos internacionales y las posibilidades de fraccionamiento del mercado mundial.

En consecuencia, la *cooperación entre EE. UU., Europa y Japón es, en la actualidad, la única alternativa viable para suplir la falta de liderazgo mundial*, que ha resultado de la pérdida de la hegemonía americana. La cooperación internacional es necesaria por tres motivos. Primero, para lograr el acuerdo sobre los objetivos generales que persigue la creación de un nuevo marco institucional que sustituya las normas de comportamiento internacio-

nal de la posguerra. Segundo, para negociar su aceptación con los miembros secundarios del sistema internacional (Tercer Mundo y países socialistas). Y tercero, para promover la compatibilidad entre las políticas económicas de los grandes países desarrollados. Este último objetivo (que es el más importante a corto plazo), exige institucionalizar las consultas entre los grandes países con el fin de valorar periódicamente los efectos internacionales de las medidas internas y de diseñar estrategias conjuntas ante problemas comunes.

OBJETIVOS Y RESULTADOS DE LA COORDINACION DURANTE LA CRISIS

Además de los factores que acabo de mencionar, la necesidad de la cooperación internacional se vio acentuada por la gravedad, generalidad y duración de la crisis económica iniciada a finales de 1973.

En los primeros meses de 1974, las autoridades nacionales de los grandes países de la OCDE y los organismos internacionales esperaban una recuperación de la actividad económica en la segunda parte del año. Cuando estas predicciones quedaron desmentidas por la acrecentada gravedad de la depresión en el segundo semestre de este año y el primero de 1975, se fue haciendo cada vez más necesaria la búsqueda de una estrategia coordinada para impedir que cada país desplazara sobre los demás los impulsos deflacionistas internos, agravando la situación con-

junta. El peligro era asimismo más evidente que en las recesiones anteriores, no sólo por la mayor severidad de la crisis, sino también porque la subida de los precios de la energía y el importante reajuste de los tipos de cambio que siguió al abandono del sistema de Bretton Woods supuso modificaciones sustanciales en los precios relativos que podían contribuir a reforzar la adopción de medidas proteccionistas.

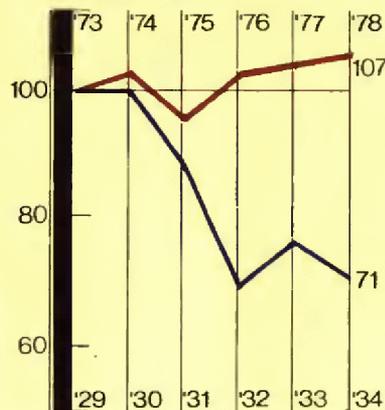
Los deseos de cooperación se materializaron en las reuniones anuales que los grandes países mantuvieron en noviembre de 1975 en París, en junio de 1976 en Puerto Rico, en mayo de 1977 en Londres, en junio de 1978 en Bonn y en junio de 1979 en Tokio. Estas consultas han perseguido un doble objetivo. Evitar, por una parte, que se erigieran nuevos obstáculos al comercio internacional, dadas las dificultades de balanza de pagos de algunos países y la debilidad general de la demanda interna; y, por la otra, elaborar una estrategia conjunta para superar la crisis. Los resultados de esta cooperación han sido hasta el momento positivos para la consecución del primer objetivo, si bien escasamente relevantes, como veremos, desde el punto de vista del segundo.

Mantenimiento de la unidad del mercado mundial

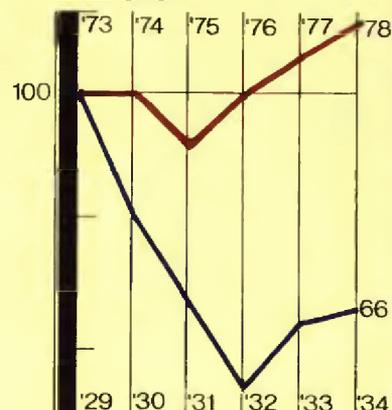
En efecto, frente a los pronósticos que se vienen realizando sobre un nuevo resurgir de las prácticas proteccionistas —y que están más que justifi-

PRODUCCION INDUSTRIAL

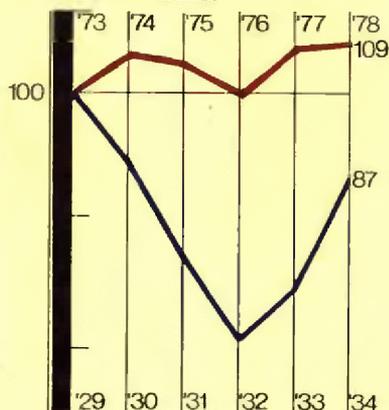
Francia



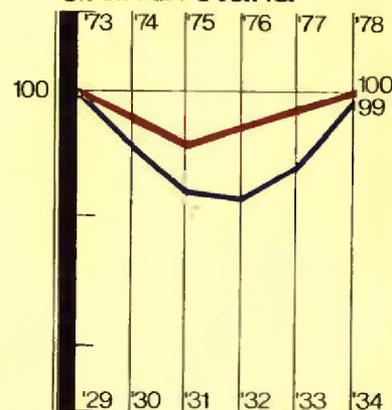
EEUU



Alemania



Gran Bretaña



2

CRISIS

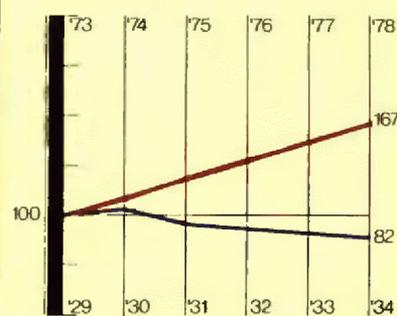
LA CRISIS DE LOS AÑOS '30



LA CRISIS DE LOS '70

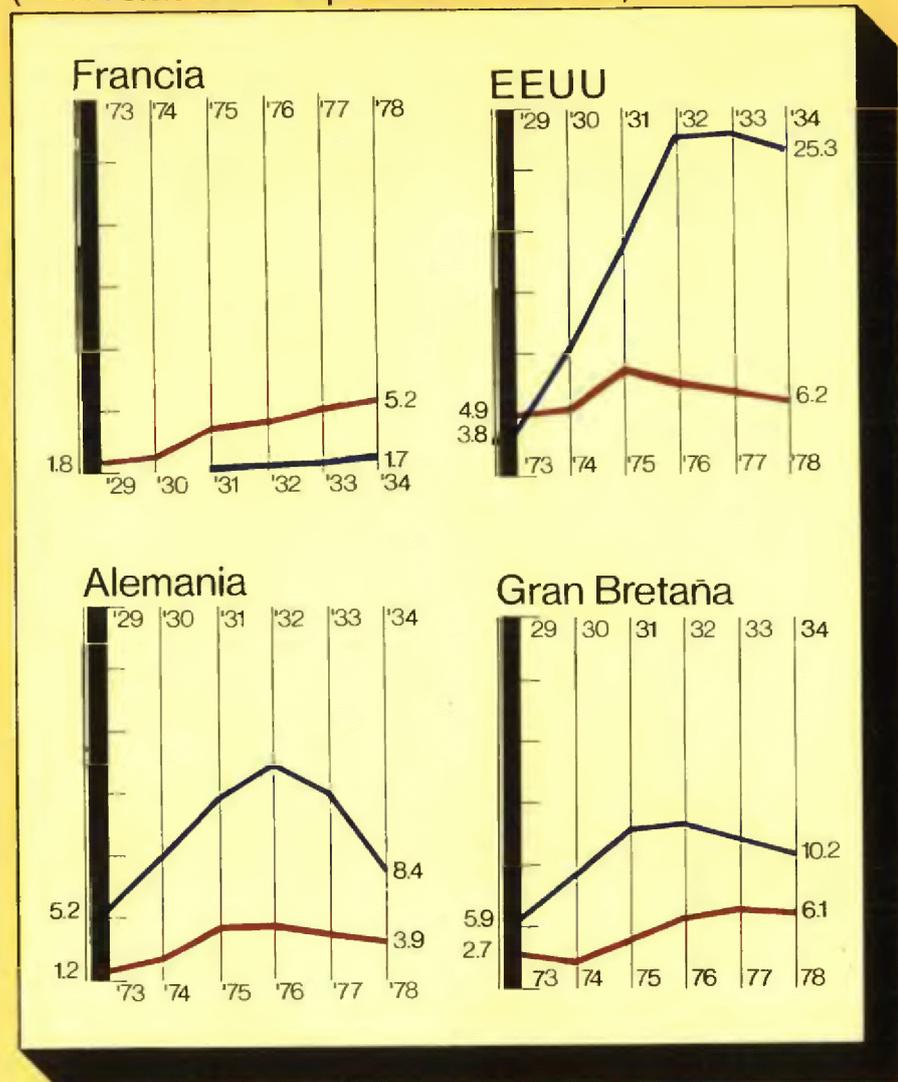


Precios al por menor



DESEMPLEO

(% en relación a la población activa)



En 1926 apareció una notable aportación del profesor Nikolai D. Kondratieff a la teoría del ciclo económico bajo el título de *Los grandes ciclos de la vida económica*. Su investigación de la tendencia secular de las series estadísticas inglesas y francesas le llevaron a sostener que «Hay realmente motivos para suponer la existencia de grandes oscilaciones, como de 50 años de longitud en la economía capitalista, hecho que complica todavía más el problema de la dinámica económica.» Los hechos han validado esta hipótesis y, cuando se cumple medio siglo de la crisis de 1929, el sistema capitalista se encuentra de nuevo inserto en otra crisis, con algunos caracteres comunes e importantes diferencias. También la crisis de los 70 señala el fin de una etapa de prosperidad pero la recesión es menos grave que la de 1929 como revela: 1.º) una menor caída del índice de producción industrial; 2.º) en 1970 las tasas de paro, son del orden del 6 al 7 %, en 1932 un estadounidense sobre cuatro en edad de trabajar estaba en paro y su subsistencia dependía de la beneficencia pública o privada; 3.º) la crisis del 29 trajo una importante caída del comercio exterior y lo que incluso fue peor: el auge del neomercantilismo y de las ideas de autarquía. Por otra parte la caída de los precios acompañó a la recesión del sistema productivo en los treinta. La presencia simultánea de inflación y desempleo es una característica básica de la crisis actual cuya salida exige la colaboración de todos los países por el nivel de interrelación de sus economías.

cados desde una perspectiva histórica—, la cooperación internacional durante la crisis ha logrado preservar la unidad comercial y financiera del mercado mundial, manteniendo en sus líneas generales los principios programáticos establecidos en los años 40 y 50 para regular los intercambios de mercancías y asegurar la libre circulación de los capitales. Este importante resultado, que ha eliminado los riesgos anejos

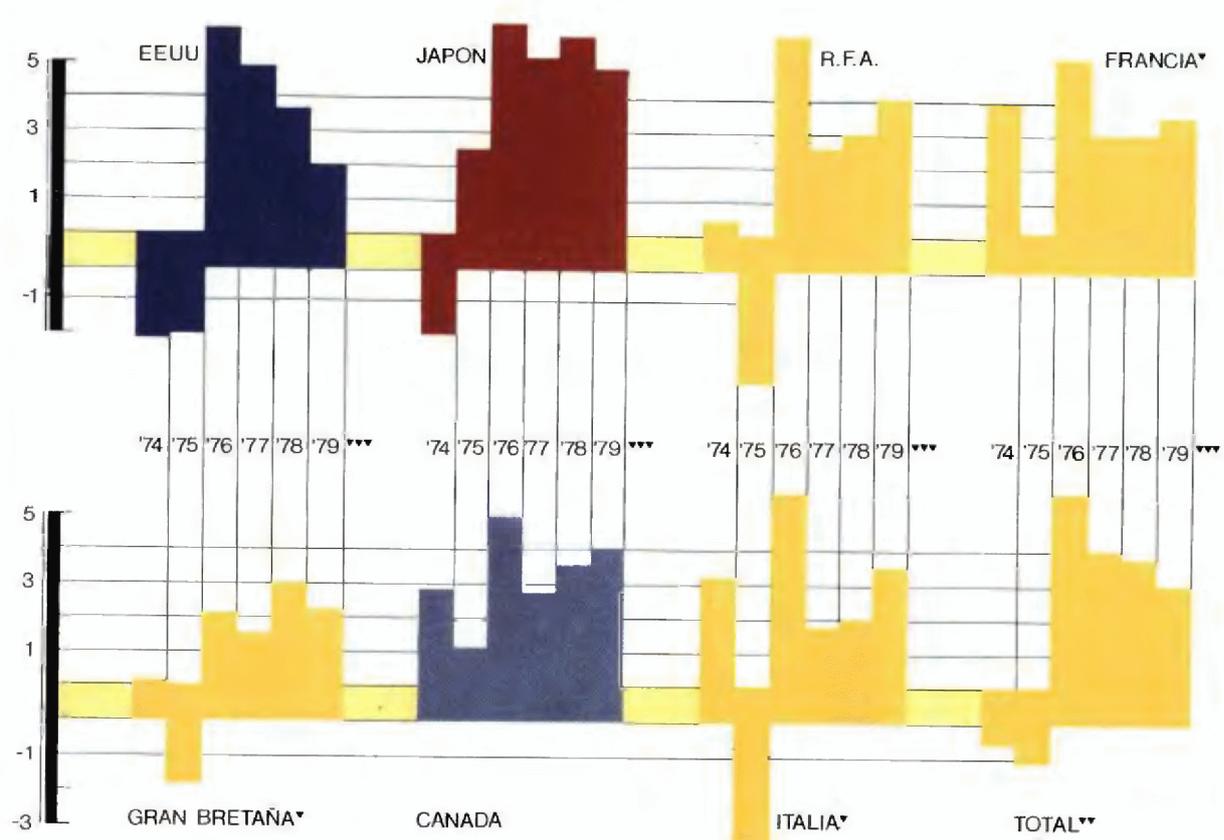
a una ruptura del mercado internacional en las actuales condiciones de interdependencia económica, no excluye, sin embargo, el *mantenimiento de un proteccionismo selectivo, limitado regionalmente, y que afecta a un número reducido (aunque relativamente creciente en los últimos años) de sectores industriales.*

Este proteccionismo no es nuevo ni tiene una amplitud

preocupante desde el punto de vista de los países desarrollados, aunque para algunas regiones del Tercer Mundo presenta mayor gravedad. Tiene, por el contrario, su origen en los primeros años 60 con la firma del Acuerdo a Largo Plazo sobre los Textiles de Algodón y la mayor utilización que desde finales de la pasada década han hecho la Comunidad Económica Europea y los EE. UU. de los derechos antidumping y las

CRECIMIENTO, DESEMPLEO E INFLACION EN LOS SIETE GRANDES PAISES DE LA O.C.D.E.

11. CRECIMIENTO DEL PNB/PIB A PRECIOS DE MERCADO,



restricciones voluntarias a la exportación. Pero se trata en ambos casos de instrumentos proteccionistas que, como los subsidios a la exportación, las reglamentaciones sanitarias y los procedimientos aduaneros lentos y costosos, nunca han estado ausentes de las prácticas comerciales de la posguerra, a pesar de los logros alcanzados en la liberalización del comercio y en la rebaja de los derechos arancelarios.

Por otra parte, las presiones proteccionistas se encuentran en la actualidad circunscritas a ámbitos sectoriales y regionales claramente delimitados. Afectan, sobre todo, a algunos productos (textiles, confección, artículos de cuero y calzado) que forman parte de las exportaciones de los países del Tercer Mundo que han alcanzado un nivel de industrialización intermedio (Brasil, México y algunos países del sureste asiático, principalmente), y sólo en una medida reducida a algunos grupos de productos que forman parte del comercio que realizan entre sí los países desarrollados (artículos electrónicos, productos siderúrgicos y químicos) que recaen casi exclusivamente hasta el momento sobre los exportadores japoneses.

Esta modalidad de proteccionismo refleja fundamentalmente una modificación de las ventajas comparativas del comercio favorable a los países más industrializados dentro del Tercer Mundo, acentuada por las subidas de los salarios en los países capitalistas entre finales de los 60 y comienzos de los 70, que no se ha correspondido con cambios en la misma dirección en la división interna-

cional del trabajo, debido a la situación de crisis por la que atraviesan las economías capitalistas desarrolladas y a la repercusión que sobre sus problemas internos de desempleo supondría la transferencia a los países subdesarrollados de parte de las actividades productivas en funcionamiento con mayor capacidad de generación de puestos de trabajo (11). Aunque las empresas multinacionales seguirán desplazando hacia los países con bajos salarios parte de las actividades manufactureras localizadas en las regiones desarrolladas, mientras las condiciones económicas actuales no se modifiquen significativamente, el ritmo que se imponga a la división internacional del trabajo será necesariamente lento, y, por tanto, también lo será el proceso de dismantelamiento de las barreras proteccionistas a las principales exportaciones de los países del Tercer Mundo con mayor grado de industrialización.

Sin embargo, a pesar de los costes que la aplicación de medidas sectoriales selectivas supone para algunos países subdesarrollados y de la posibilidad de guerra comercial con la que Europa y EE. UU. vienen amenazando a Japón si no abre su mercado a los suministros extranjeros, reduciendo una parte de las barreras no arancelarias al comercio que aún mantiene, el actual resurgir proteccionista se ha mantenido dentro de márgenes moderados, sobre todo si se tiene en cuenta la gravedad de la presente crisis. En conjunto, de acuerdo con una estimación promovida por el GATT, las corrientes comerciales a las que se han impuesto restricciones desde el

final de la depresión de 1975 se sitúa entre el 3 y el 5 % de los intercambios mundiales (12).

Una prueba adicional de que el proceso de negociación internacional durante la crisis ha permitido el mantenimiento del régimen liberal de comercio vigente desde finales de los años 50, la proporciona el contenido del acuerdo final de las conversaciones comerciales multilaterales concluido después de seis años de duración en abril de este mismo año. El resultado más significativo de las negociaciones de la *Ronda Tokio* es posiblemente la decisión de mantener las tendencias hacia la liberalización del comercio y la reducción de los derechos arancelarios, dadas las condiciones de balanza de pagos por las que atraviesan la mayor parte de los países firmantes. El acta final *mantiene el principio de no discriminación* en la política comercial mediante el rechazo de la propuesta realizada por la CEE de aplicar «cláusulas de salvaguardia diferenciales» a las importaciones de algunos productos «sensibles», y *contempla una reducción de los derechos arancelarios* del 33 % escalonada a lo largo de ocho años. Incluye, asimismo, cinco protocolos tendentes a *reforzar el principio de liberalización del comercio*, referidos a la apertura de los concursos de suministro de las agencias estatales a las empresas extranjeras, a la prohibición de realizar subsidios a la exportación siempre que creen problemas en los países destinatarios, y al compromiso de las autoridades de evitar que la aplicación de normas técnicas higiénicas o de seguridad en los procedimientos de aduanas obstaculicen los intercambios comerciales.

En resumen, si bien es cierto que el resultado de las conversaciones no proporciona un marco global para el desarrollo del comercio, por la ambigüedad en la que permanece el tratamiento de los intercambios de productos agrícolas, por el problema no resuelto del excedente comercial japonés y por el desacuerdo de los países del Tercer Mundo con algunas de sus conclusiones y la mayor parte de los protocolos, el

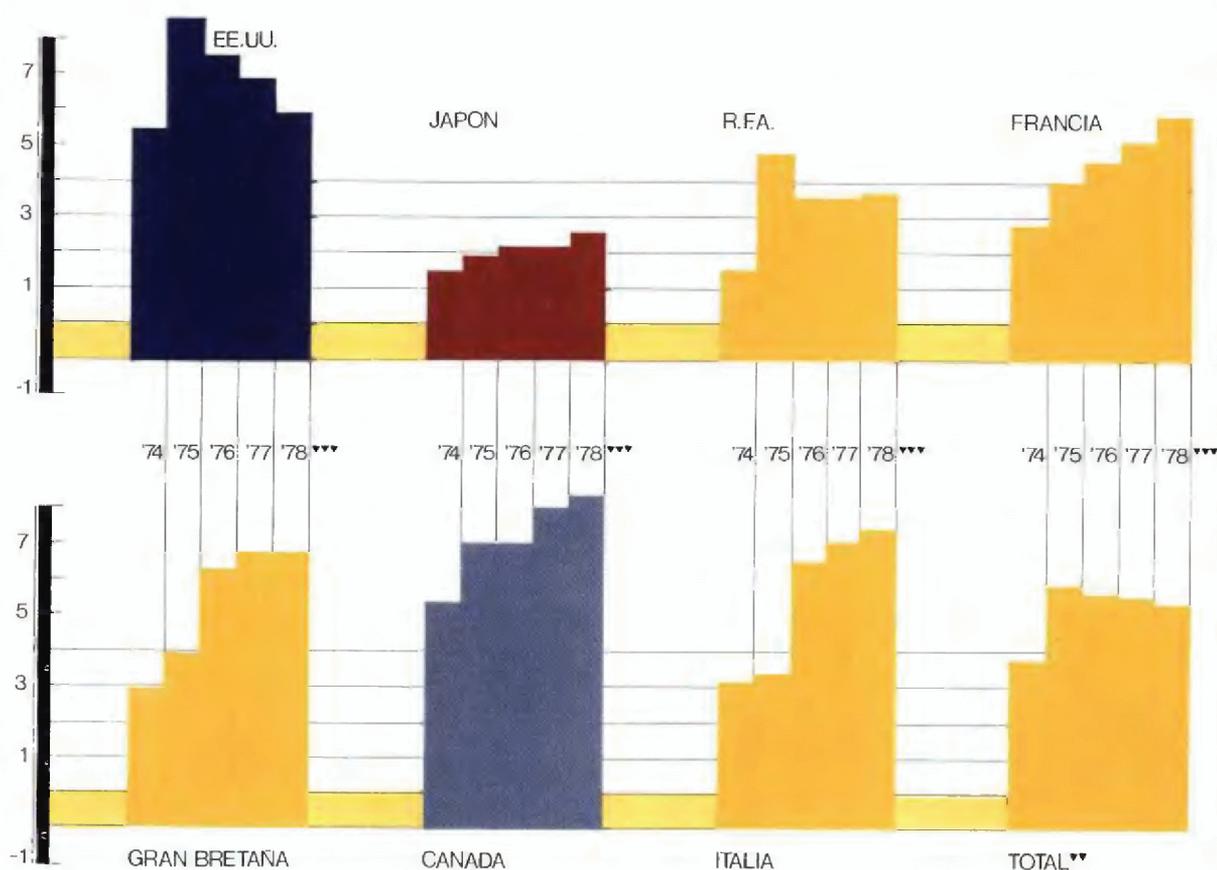
acuerdo firmado en Tokio supone, sin duda, la *reafirmación de la unidad del mercado mundial y de los principios de no discriminación y liberalización sobre los que se ha basado el orden comercial en la posguerra.*

A la consecución de este importante resultado han contribuido de manera especial algunos de los rasgos que han caracterizado la situación econó-

mica internacional desde 1973. En primer lugar, la *gravedad y generalidad de los problemas* con los que se enfrentaba la economía mundial a mitad de los años 70 (crisis monetaria, nuevos precios de la energía, depresión profunda y duradera de la tasa de crecimiento), limitó severamente la efectividad de las salidas nacionalistas. Los déficit por cuenta corriente de la mayor parte de los países desarrollados eran, por ejemplo,

CRECIMIENTO, DESEMPLEO E INFLACION EN LOS SIETE GRANDES PAISES DE LA O.C.D.E.

1.2. DESEMPLEO (% SOBRE POBLACION ACTIVA CIVIL)



suficientemente importantes para no poder ser resueltos con los instrumentos convencionales de ajuste de la balanza de pagos ni acudiendo a las fuentes tradicionales de crédito.

En segundo lugar, la *prioridad asignada a la política antiinflacionista* en los programas económicos de los principales países en 1974 y 1975, reducía drásticamente las posibilidades de manipular con éxito los cambios flexibles con la finalidad de reactivar el empleo interior o de reducir los déficit por cuenta corriente. En el marco de la depresión de 1974-75, las devaluaciones competitivas habrían aumentado la ya considerable factura del petróleo y acelerado las tensiones inflacionistas sin conseguir crecimientos significativos en el volumen de exportaciones. Por el contrario, los problemas y las prioridades del momento hacían más aconsejable que los países con moneda fuerte neutralizaran con la revaluación parte de la inflación importada y que los países con una posición de pagos débil evitaran devaluaciones excesivas de sus monedas para no acelerar sus tasas internas de inflación.

En tercer lugar, el *buen funcionamiento del reciclaje de los petrodólares* permitió a los países desarrollados financiar sin grandes dificultades los déficit resultantes de los nuevos precios del petróleo acudiendo a los mercados financieros privados, sin que en ningún momento se encontraran en situaciones de escasez de divisas desesperadas, como las previstas en los primeros meses de 1974. La situación de liquidez en los mercados de euromonedas hizo posible que los países

industriales con problemas de balanza de pagos (especialmente Gran Bretaña, Italia y Francia) pudieran reducir el impacto macroeconómico inmediato de los precios de la energía distribuyendo el ajuste a lo largo de un período más dilatado y evitando las restricciones sobre la política económica interior que habrían supuesto los préstamos de las instituciones oficiales de crédito. El buen funcionamiento del reciclaje de los fondos acumulados por los países de la OPEP sirvió, además, para que perdieran virulencia las tensiones que enfrentaron a los países desarrollados desde finales de la década de los 60 acerca de la distribución de la liquidez internacional. A través de esta vía se pudo evitar que los países deficitarios reclamaran de los países con superávit la adopción de medidas para reducir la cuantía de sus saldos, ya fuera mediante una fuerte revaluación de sus monedas —que habría amenazado sus intereses comerciales inmediatos—, o a través de una aceleración económica incompatible con las políticas antiinflacionistas dominantes.

Por último, el *alto grado de interdependencia comercial y financiera entre los países desarrollados* es también un factor fundamental para explicar el mantenimiento de la unidad del mercado mundial durante la crisis. Directamente, porque aunque el aumento de la interdependencia acentúa el conflicto entre proteccionismo y liberalización dentro de cada país, sus implicaciones son más favorables al reforzamiento de la cooperación internacional que a las salidas nacionalistas, como vimos en la primera parte de la exposición. Indirecta-

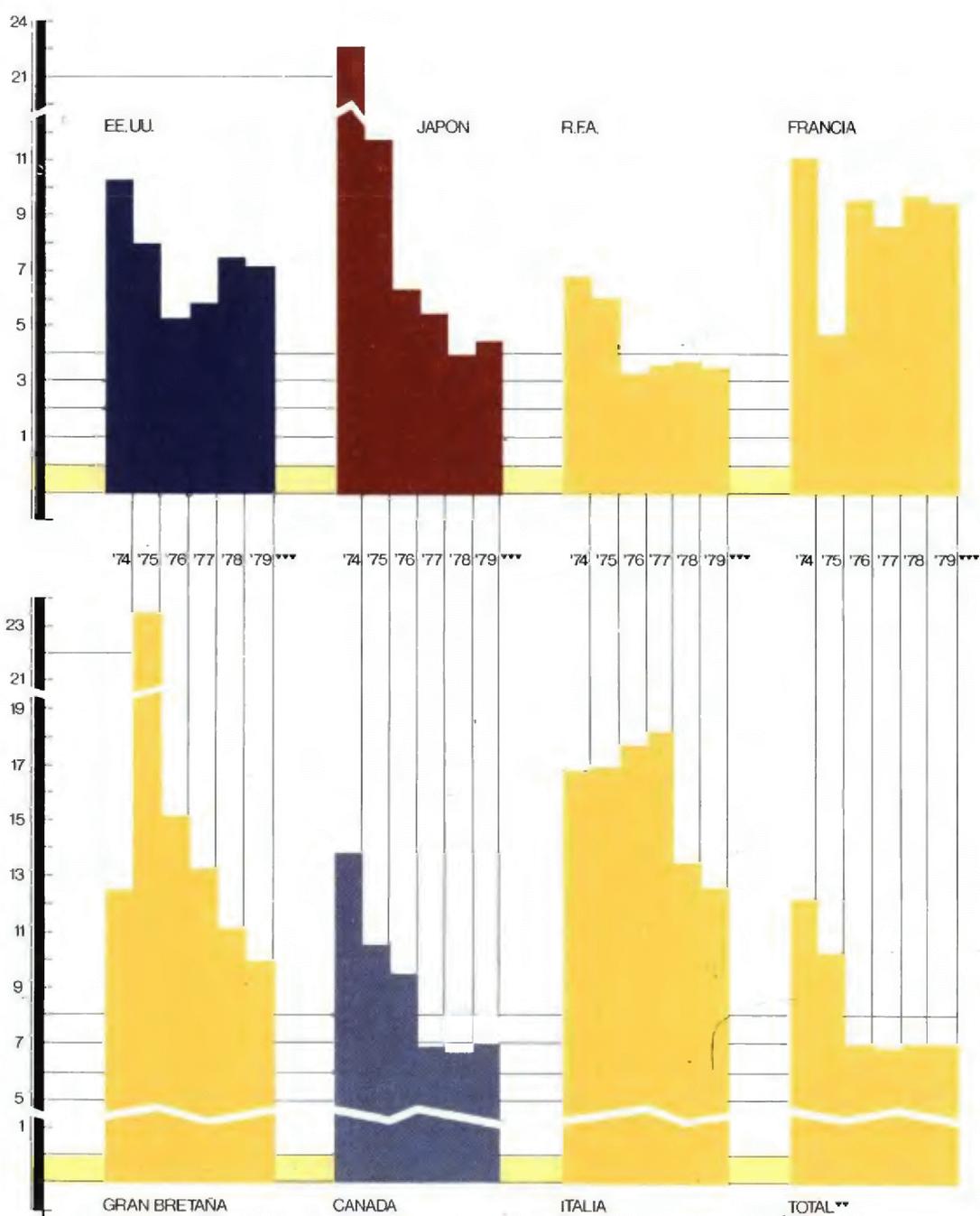
mente, porque aumenta la presión de las empresas multinacionales sobre los gobiernos. Estas empresas han canalizado la mayor parte de la inversión extranjera directa en la posguerra, beneficiándose del carácter liberal de las reglamentaciones monetarias existentes. Y lógicamente, su interés en este asunto reside en evitar la implantación de nuevas medidas proteccionistas que puedan trastocar el desarrollo de sus actividades.

Fracaso de las estrategias de reactivación coordinada

Sin embargo, si bien la cooperación internacional durante la crisis ha permitido mantener el grado actual de apertura de las economías occidentales, no ha logrado, hasta el momento, diseñar y poner en práctica una política efectiva de reactivación de la economía mundial. La complejidad de la crisis actual por una parte, y las diferentes prioridades establecidas por las políticas económicas nacionales, por la otra, han impedido la aplicación de un programa de actuación coordinado basado en los intereses económicos compartidos por los grandes países capitalistas. En consecuencia, las políticas de reactivación conjunta formuladas desde el final de la depresión *han sido incapaces no ya de promover una reactivación general y duradera de las economías capitalistas desarrolladas, sino que ni siquiera han servido para mejorar las expectativas de crecimiento a medio plazo*, por las vacilaciones y contra-

CRECIMIENTO, DESEMPLEO E INFLACION EN LOS SIETE GRANDES PAISES DE LA O.C.D.E.

1.3. INDICE DE PRECIOS IMPLICITO DEL PNB



riedades en las que ha incurrido su aplicación, por los efectos derivados que han tenido sobre los mercados de cambios, así como por la acción distorsionadora de los factores autónomos.

La solución internacional para superar la recesión más popular en 1977 fue la conocida como la *estrategia de las locomotoras*, propuesta por la administración americana y difundida por la OCDE con el objetivo de consolidar la recuperación de la actividad económica iniciada en la segunda parte de 1975, que en el verano de 1976 comenzaba ya a dar muestras de debilidad a medida que empezaron a agotarse los efectos sobre la demanda de los estímulos presupuestarios y de la reposición de stocks. De acuerdo con la tesis de las locomotoras, la recuperación de la economía mundial tenía que estar dirigida por EE. UU., Japón y la RFA, las tres mayores economías de la OCDE que, por su peso dentro de la zona (67 % del PNB total) y su posición comparativamente favorable de precios y balanza de pagos, estaban en mejores condiciones para acelerar sus tasas de crecimiento interno mediante la aplicación de nuevas reducciones de impuestos y aumentos del gasto público suficientemente importantes para estimular la expansión del resto de los países, en los que los desajustes internos hacían poco aconsejable la aplicación de políticas reactivadoras, como era el caso de Francia, Gran Bretaña e Italia.

Esta estrategia —a la que se pasó revista en la reunión celebrada en Londres en mayo de 1977— fracasó por el temor de

la RFA a los efectos inflacionistas de la reactivación fiscal de la demanda, y por la situación interna de Japón, que al mismo tiempo que aplicaba parte de los estímulos fiscales acordados tuvo que realizar concesiones comerciales a los EE. UU. aceptando acuerdos de reducción voluntaria de las exportaciones. En consecuencia, la tasa de crecimiento de 1977 estuvo 1,7 puntos porcentuales por debajo de la de 1976, a pesar de que el segundo año de la recuperación cíclica presenta generalmente logros productivos superiores al primero. De hecho, sólo EE. UU. alcanzó una tasa de crecimiento aproximada a la prevista, aunque, como es sabido, a costa de acelerar la tasa interna de inflación y de generar un cuantioso déficit en su balanza por cuenta corriente que acarreo importantes convulsiones en los mercados de cambios a través de sus efectos sobre la cotización del dólar.

A finales de 1977, ante la negativa de la RFA a asumir la inflación resultante de su papel de locomotora para la economía europea, la OCDE presentó una nueva política de reactivación conjunta que se conoció como la *estrategia del convoy*. La novedad de esta alternativa radicó en que mientras que la anterior hacía recaer el esfuerzo de la recuperación sobre los tres países con posición económica más sólida, ésta suponía el esfuerzo común de un grupo más amplio de países, al incluir a los países europeos que después de haber tenido un cierto éxito en la aplicación de sus políticas estabilizadoras, tendrían que comprometerse a reactivar sus economías en distintos momentos a lo largo de

1978. En términos cuantitativos la nueva estrategia establecía que una política económica coordinada que estimulase la demanda interna en Japón, la RFA, Francia, Gran Bretaña, Canadá e Italia en una magnitud situada entre el 0,25 y el 1,75 % de sus respectivos productos nacionales brutos reales, podría traducirse, a través de los efectos multiplicadores del comercio, en un crecimiento del PNB real de la zona de la OCDE situado entre 0,75 y 1,25 %, con sólo un empeoramiento de la balanza de pagos de la zona de 2.000 millones de dólares.

La teoría del convoy no logró tampoco eliminar la retinencia de los países europeos a la adopción de medidas fiscales expansivas que pudieran poner en peligro lo conseguido con las políticas estabilizadoras. En mayor medida aún, en el marco de incertidumbre y de creciente inestabilidad monetaria que originó la crisis del dólar en los diez primeros meses de 1978. La evolución económica durante este año fue, sin embargo, menos desfavorable que la inicialmente prevista y con tendencia a reducir la dispersión entre las tasas de crecimiento de los grandes países, si bien esto último hay que achacarlo en mayor grado a la desaceleración del ritmo de crecimiento en EE. UU. que a un aumento significativo de las tasas de actividad en el resto de los países. Esta situación proporcionó la base para la *teoría de la convergencia*, una versión revisada de la estrategia de las locomotoras que surgió de la reunión de Bonn de julio del pasado año con el objetivo de mantener en 1979 la asincronía en la evolución cíclica de las tres gran-

des economías y de lograr una configuración más equilibrada de los pagos internacionales.

De acuerdo con la nueva fórmula, la desaceleración de la tasa de crecimiento en EE. UU. después de la fuerte expansión del período 1976-78, contribuiría a conseguir un mayor equilibrio de la economía mundial si Japón y la RFA reactivaran sus economías a lo largo de 1979 para compensar los efectos de la recesión americana. Siguiendo las directrices establecidas en la reunión de Bonn, EE. UU. adoptó a partir del verano pasado una política fiscal restrictiva, en tanto que Japón y la RFA pusieron en práctica políticas fiscales y monetarias más liberales, con el fin de consolidar en 1979 el cambio en la distribución de la presión de la demanda. De acuerdo con estimaciones realizadas durante el primer trimestre de este año, este cambio podría suponer una mejora de la balanza por cuenta corriente americana de 8.000 millones de dólares, conseguida mediante una reducción de los superávits japonés y alemán de 6.000 y 2.000 millones de dólares, respectivamente.

Pero a pesar de las posibilidades que ofrece la asincronía del ciclo económico actual para conseguir variaciones menos bruscas de la tasa de crecimiento mundial y mercados de cambio más estables, parte de estas ventajas han quedado eliminadas por las características que presenta la situación internacional a lo largo del año. El principal factor que ha actuado en contra de esta estrategia ha sido una elevación de los precios del petróleo, muy superior a la prevista. Durante los

seis primeros meses de este año el precio de referencia del barril de petróleo ligero de Arabia Saudita se ha incrementado en un 50 %, aunque en realidad la subida ha sido mayor debido a las primas impuestas por la mayor parte de los países de la OPEP desde el mes de marzo y a la escasez de oferta que siguió a la crisis iraní. La gravedad de esta situación obligó a los siete grandes países a diseñar en la cumbre anual de Tokio una estrategia para los próximos seis años, destinada a estabilizar las importaciones de petróleo y a acelerar el esfuerzo para desarrollar fuentes alternativas de energía.

A consecuencia de la crisis energética, los objetivos propuestos por la estrategia de la convergencia van a ser imposibles de conseguir en 1979. La mejora de 8.000 millones de dólares en la balanza por cuenta corriente americana es, por ejemplo, más que improbable, debido a los nuevos precios del petróleo y a la cancelación de importantes suministros de armas al Irán.

Por otra parte, la recuperación de la actividad económica en Japón y la RFA va a ser también inferior a la prevista. En las condiciones económicas actuales es muy fácil que se convierta en realidad, una vez más, el peligro de que la inversión privada no tome el relevo de las políticas expansivas. Sobre todo si se tiene en cuenta las bajas tasas de utilización de la capacidad productiva en ambos países, las mediocres perspectivas de crecimiento de las exportaciones para este año y el empeoramiento de las expectativas resultante de la agudización de la inflación. Por último, si bien parece indudable la re-

ducción del superávit comercial de estos dos países durante el presente año, no es menos cierto que esta reducción se deberá a los nuevos precios del petróleo en mayor medida que al crecimiento de sus demandas internas, lo que, evidentemente, no supone ninguna contribución importante a la mayor estabilidad de la economía mundial.

Por último, quiero destacar lo que en mi opinión constituye una paradoja de la cooperación internacional durante la crisis. El aspecto más favorable de la evolución económica internacional desde 1973 probablemente sea la *ruptura de la sincronización del ciclo económico entre los grandes países de la OCDE*, que caracterizó la primera mitad de los años 70. Este resultado no fue, sin embargo, deliberadamente perseguido, aunque, como acabo de exponer, la teoría de la convergencia tratara de profundizar en él una vez que ya se había producido. Puede interpretarse, por el contrario, como un producto del fracaso de las estrategias de reactivación coordinada que aquí se han expuesto para conseguir una recuperación *general* de las tasas de actividad.

De acuerdo con las previsiones de la OCDE publicadas en julio, durante los próximos doce meses el crecimiento de la zona será del 2 %, la inflación se situará en torno al 10 % y el desempleo ascenderá al 6 % de la población activa civil. Estos datos suponen un regreso a la combinación de estancamiento, inflación y desempleo que está caracterizando la crisis actual desde sus inicios. El único con-

suelo posible es que la situación podría haber sido aún peor. Porque, de hecho, es la asincronía actual del ciclo económico la que parece que va a permitir que la recesión actual se sitúe más cerca de la de 1957-58 que de la depresión de 1974-75.

NOTAS

(1) Una exposición detallada de las causas y las consecuencias generales del crecimiento de la interdependencia entre las economías desarrolladas se encuentra en R. N. COOPER, *The economics of interdependence: economic policy in the atlantic community* (Nueva York, McGraw-Hill, 1968). Un buen resumen dentro de la misma línea es el de A. LINDBECK, *Economic dependence and interdependence*, en AA. VV., *From Marshall Plan to global interdependence* (Paris, OCDE, 1978). Para una exposición más centrada en el tratamiento de problemas específicos, véase R. N. COOPER (edit.), *A reordered world: emerging international economic problems* (Washington, Potomac Associates, 1973).

(2) Para una comprobación estadística, véase R. BLACKHURST, N. MARINAN y J. TUMLIR, *Liberalización del comercio, proteccionismo e interdependencia*, GATT: «Estudios sobre el comercio internacional», núm. 5, Ginebra 1977, págs. 16-17. Los autores consideran

bienes intermedios todos aquellos que se incluyen dentro de esta categoría en las tablas input-output.

(3) AA. VV., *The world economy in transition*, The Brookings Institution, Washington 1975, pág. 27.

(4) J. DIEBOLD, *International corporations: why be scare of them?* «Foreign Policy», otoño 1973.

(5) M. J. BRENNER, *The politics of international monetary reform: the exchange crisis*, Ballinger Publishing Co., Cambridge Mass, 1977, cap. 1, y C. P. KINDLEBERGER, *Lessons from floating exchange rates*, en K. BRUNNER y A. H. METZLER (edit.), *Institutional arrangements and the inflation problem*, North-Holland Publishing House, Nueva York 1977.

(6) B. TEW, *The evolution of the international monetary system*, Hurchison and Co., Londres 1977, cap. 19.

(7) R. O. KEOHANE y J. S. NYE, *Power and interdependence: world politics in transition*, Little Brown and Co., Boston 1977, pág. 13.

(8) S. D. KRASNER, *U. S. Commercial and monetary policy, unravelling the*

paradox of external strength and internal weakness, International Organization, otoño 1977.

(9) C. S. MAIER, *The politics of productivity; foundations of the american international economic policy*, International Organization, otoño 1977.

(10) B. J. COHEN, *Organizing the world's money: the political economy of international monetary relations*, Macmillan, Londres 1977, pág. 243.

(11) Para el caso de la RFA se ha estimado que el número de puestos de trabajo perdidos en las industrias del cuero, textil, confección y calzado oscilaría entre los 280.000 y los 400.000 empleos, en función del grado de liberalización de las importaciones del Tercer Mundo, H. DICKE y otros, *Beschäftigungswirkungen einer verstärkten arbeitsteilung und den entwicklungsändern*, J. C. MOHR, Tubinga 1976, págs. 34, 97, 146. Citado por M. KRELLE, *West Germany: the dynamics of expansion*, International Organization, Vol. 31, núm. 4, otoño 1977, pág. 805.

(12) R. BLACKHURST, N. MARINAN y J. TUMLIR, *op. cit.*, pág. 84, nota.